



CAPITULO XIII

El plan de pacificación

Los días pasaban y don Santos seguía, aparentemente, en la inacción más completa. Las encerronas eran diarias, y unas veces con y otras sin amanuense, ello es que la escritura le embargaba todo su tiempo, al grado que apenas aparecía el jefe un ratito en la mesa, comía tarde y distraídamente y volvía á su cubil.

— Esto tiene misterio, decía uno de los ayudantes; de seguro está escribiendo al rey de Prusia y á la reina de Inglaterra para pedirles se interesen por la chinaca.

— Creo más bien que estará componiendo una *Summa contra mochos*.

— O una refutación de Aguilar y de Segura.

— Algo muy gordo debe de ser.

Pero si era difícil saber qué hiciera el jefe, no era imposible notar que enflaquecía á ojos vistas, que perdía el color y que contestaba con monosílabos y como distraído á cuanto le preguntaban. Nosotros nos desvíamos por él, le rodeábamos de atenciones y de cuidados; pero todo igual.

— Está preocupado, me advertía Miravete, por los sucesos de Guadalajara; ha empezado el sitio y el hombre no descansa.

— Eso debe de ser, confirmaba Díaz Salgado; cuando lo de Peñuelas y Silao se puso en peor estado, y sólo cuando averiguó el triunfo de los nuestros, recobró el habla y el humor.

— ¡Pobre don Santos!

— ¡Pobre Colmenero!

— ¡Pobre General nuestro!

Un día salió Medina con un papel.

— Usted, Pérez; tú, Ramón y ustedes, Manuel y Moreno: echen aquí una manita; hay que sacar de esta carta doce copias para mandarlas fuera, y quiere Santos que ustedes se *acomidan*.

Todos nos pusimos al avío, y en un periquete concluimos las copias. He aquí el documento, que inserto á la letra porque guardo un traslado que resultó con raspaduras:

« Cuartel General en Belén.—Septiembre 29 de 1860.—
E. S. General en Jefe don Santos Degollado. — Mi fino y querido amigo: Acabo de recibir su apreciable fecha de ayer, la que tengo el honor de contestar en el acto. El plan que me he propuesto para atacar á Guadalajara, es



el siguiente: establecer una línea de fortificación al frente de la del enemigo, con la solidez necesaria para circunvalar el circuito fortificado por aquél; fortificar también, por mi parte, los puntos que ocupan nuestras principales fuerzas, como son Belén, el Hospicio, Analco y la Penitenciaría y horadar las manzanas, para llegar hasta el centro de la plaza con artillería. Mis trabajos están para concluirse dentro de dos ó tres días, cosa que ni yo mismo esperaba; todas mis fortificaciones las he levantado al frente de las trincheras enemigas y bajo los fuegos de fusilería y cañón de aquéllas, sin que de mi parte se haya contestado á dichos fuegos, pues me he propuesto guardar un silencio absoluto, reservándome para imponerme al

enemigo, hacer caer sobre la plaza más de veinte mil proyectiles en las veinticuatro horas que precedan á las del asalto, que será dentro de muy pocos días. Las desgracias que hemos tenido, son sumamente pocas, no obstante el continuo fuego del enemigo y el atrevimiento con que hemos levantado nuestros parapetos y fortificaciones. No llegan á ocho los cañones que ha disparado todo nuestro ejército, y esto ha contribuído para que se aumente la moralidad á proporción que la pierde el enemigo. Los señores generales Valle y Ogazón han levantado algunas barricadas en su línea obedeciendo á su entusiasmo por ocupar la plaza cuanto antes; ya he dispuesto que mañana se les dé más espesor á dichas barricadas para evitar un golpe de mano, pues Castillo tiene más de 4,000 hombres de reserva, de buena tropa, y está dispuesto á salir con ellos al punto que se encuentre más débil, proyecto que he logrado fracase hasta hoy colocando en cuatro distintos lugares de la ciudad, fuerzas bastante respetables, inter se concluye la línea completa de fortificación.

» Tengo trabajando más de mil operarios en la *Escoba*, *Atemajac* y esta Capital, para proporcionarme en gran escala, pólvora, saleros, proyectiles de fierro y bronce, mantas para construir ochenta mil sacos y todo cuanto se necesita para la ocupación de una plaza fuerte como la de Guadalajara. Mañana llegarán 4,500 proyectiles que

me mandó construir el Sr. Ogazón, y que habré de pagar, y tengo ocupada la fundición de Atemajac, de la que me entregarán desde mañana de 100 á 200 proyectiles diarios.

» Con franqueza voy á decir á usted mi modo de pensar respecto de la plaza que asedio: ésta es sumamente fuerte por sí misma, y además sus calles y alturas están perfectamente bien fortificadas, según los inteligentes, y muchos creen que su ocupación no podré obtenerla sino después de un mes de sitio; mas yo creo de una manera firme y absoluta que antes de 10 ó 12 días, contados desde hoy, la plaza estará convertida en escombros y en mi poder. Mis proyectos no creo que humanamente me engañen, y si fracasan será por uno de esos incidentes que el hombre ni remotamente puede esperar, ó por uno de esos decretos de la Providencia ante los que son nada los cálculos de los hombres. Yo tengo fe, mi amigo, y á la Providencia le reservo lo demás. He mandado traer una cantidad de pólvora extranjera que hay en Sayula y que llegará á esta ciudad dentro de seis días; he mandado construir también dos morteros para arrojar bombas de á placa sobre la plaza; éstos, se me asegura, estarán en mi poder antes de quince días. He pagado igualmente 54 tercios de manta, y seguiré pagando en lo sucesivo la que se fabrique en las máquinas de la *Escoba* y *Atemajac*: todo esto demanda grandes y crecidos gastos, mas en

cambio nuestras operaciones caminarán con prontitud, pues las dificultades se zanja con facilidad. Las cuentas documentadas las lleva una especie de Comisario del Ejército que lo es el pagador de la División de Zacatecas, hombre eminentemente probo, el cual no entrega ni un solo peso sin el recibo correspondiente acompañado del *Dése* firmado por mí. Durante el tiempo que me he ocupado en redactar esta carta, el fuego ha sido vivísimo por los puntos de San Diego y Capuchinas.

»Tenga usted la bondad de mandarles á los Sres. Auza y Ávila una copia de esta carta por lo que respecta á las operaciones militares.

»Consérvese usted bueno como se lo desea su verdadero amigo que lo aprecia mucho y le manda un abrazo.

»JESÚS G. ORTEGA.

»Aumento.—Se me han pasado algunos soldados del enemigo, y creo que á proporción que me acerque á la línea enemiga, lo verificarán en mayor número.

»Tal vez arregle la entrega de algunos de sus fortines por uno de los principales jefes que defienden la plaza. Tengo buenos agentes, y creo que este negocio quedará arreglado; mas si no fuere, no importa, pues no me fundo en él, para ocupar los reductos enemigos.—*Vale.*»

Diariamente se recibían correos que de seguro llevaban noticia de las operaciones sobre Guadalajara; pero si

algo mejoraba momentáneamente el cariz de tristeza de don Santos, á poco le veíamos volver á sus murrias inco- rregibles. Cierta día que llegó un extraordinario á *mata- caballo*, el jefe duró encerrado tres ó cuatro horas, y al cabo de ellas le vimos con los ojos hundidos, la mirada vaga, el tinte de la cara terroso, las manos vacilantes, la espalda encorvada, y sólo entero y con la misma canti- dad de armónicas el timbre de la voz.

—Acabo, nos dijo luego que se hubo sentado á la mesa, de jugar el todo por el todo. He propuesto al minis- tro inglés, Matews, un plan para la pacificación de la Re- pública, y empiezo á tener ya las respuestas de los jefes á quienes comuniqué mi proyecto... Yo, amigos, que por irrisión de la suerte y mal de mis pecados he sido y soy director de ejércitos, jefe de tropas é instigador de matanzas organizadas, soy un hombre que, como Aarón, ama la paz, comprende sus dulzuras y busca sus frutos.

Yo sueño como ideal supremo de mi vida, en ver suprimida la guerra bárbara y absurda, en sentir que se amenguan y se borran las diferencias entre los hombres, y en saber que todos se unen y se estrechan en un supremo impulso de amor...

De niño odié esas diferencias entre ricos y pobres, fuertes y débiles, buenos y malos, tontos y discretos que ha establecido la vida social; y en mi sincero y desinte- resado altruismo, habría querido ver á todos mis prójimos

ricos por felices, fuertes por buenos y grandes por sabios; al contrario de aquel emperador romano, habría deseado que todos los hombres tuvieran un solo cuerpo para estrecharlo con mis brazos, un solo espíritu para identificarme con él y fundirme en él, un solo amor para añadir el mío como combustible á la hoguera inmensa que debían de formar los más puros afectos de los demás humanos... Pero también desde niño me hirió el espectáculo de la injusticia, de la desigualdad, del sacrificio, de la ignorancia, de la pequeñez, de la miseria y del dolor. Mentira parece que cuando se proclama la igualdad de todos los hombres, su derecho al voto, su capacidad para gobernar y la inviolabilidad de su vida, no tenga el pueblo sino hambre, reclutamiento, viviendas infectas, asquerosa mancebía é inmensa tristeza... Estas pobres gentes, que ven correr la sangre de sus venas en forma de contribuciones al Gobierno, medias al hacendado, rédito al prestamista, diezmo al cura, limosna al convento, soborno al *topil*, gratificación al sacristán y obsequios al alcalde ó al prioste, todavía sienten la superioridad del conquistador, del expoliador en el mayordomo que les deshonoran las hijas y en el jefe de bandoleros ó de tropas regulares que se los lleva para que sirvan de carne de cañón y abonen con sus huesos el surco donde caen á la ventura, heridos de muerte y sin haber vislumbrado su redención...

Después de contemplar ese estado de tristeza y de angustia, me convencí de que había un factor que era la causa de todas nuestras desgracias: la preponderancia del clero y su poder formidable. Cuando veía á los Belaunzaranes, á los Pérez, á los Portugales, á los Labastidas y á los Munguías constelados de piedras preciosas, reventando de vanidad, de orgullo y de satisfacción; y á sus clérigos, curas y vicarios, mofletudos, arrogantes, podridos de lujuria y encenagados en los vicios, me convencía de que no era esa la Iglesia que Cristo había soñado... Luego, aquellos frailes rozagantes, despreciadores del pobre y aduladores del rico; aquellas monjas holgazanas y chismosas; aquellos cofrades hipócritas y groseros; aquellos fieles amantes de la política religiosa y de la religión política, me persuadieron firmemente de que nada tenían que ver con mi ideal de pureza, castidad y abnegación.

Y no es que me haya emancipado de las creencias que constituyen el consuelo de mi vida y la razón de ella. Precisamente porque las amo demasiado, quiero verlas libres de toda mancha y de toda inmundicia; Dios tomará en cuenta esa buena intención mía, y sabrá que lejos de pretender atentar contra el santuario, quiero devolverle su primitivo lustre y esplendor; yo, como el bienaventurado de Asís, he oído una voz que me manda reedificar la Iglesia del Señor y afirmarla en sus cimientos; y ¡vive Dios que creo haber cumplido con ese mandato soberano!..

Me preparé para faena tan alta como era razón que lo hiciera; pero no sé si acerté siempre... El resultado de nuestros esfuerzos ha sido la rebelión de Belial: la bestia, al ver que se la buscaba hasta en la cueva en que habita, ha salido lanzando bramidos espantosos y esparciendo el terror por todas partes.

Nos hemos defendido, pero ¡con qué dificultades! Y mientras tanto, el pobre pueblo por quien trabajamos, se halla agotado, sin vigor, casi moribundo... No pueden ustedes figurarse los cargos que me hago á mí mismo cada vez que miro las propiedades destruídas, los hombres muertos, la agricultura abandonada, la desolación por todas partes. Entonces me digo: ¿acaso no debemos ser menos intransigentes, menos vigorosos y más contempORIZADORES, á fin de atraernos á los contrarios, que al fin y á la postre son mexicanos y nada más que mexicanos?... Porque, vamos á ver: ¿Qué es lo que constituye el fondo de nuestro credo?...

Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos oscuros y comenzó á dar paseos en la habitación hasta que, calmado nuevamente, se sentó de golpe en la silla de paja, y arrimando un botellón de barro rojo, se sirvió agua en un vaso y empezó á beber sorbitos.

— ¿Cuál es, siguió, el fondo de nuestro credo? Unos piensan que para ser liberal se necesita haber espan-



Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos..

zurrado como *mínimum* un centenar de frailes; opinan otros que basta con una docena, y algunos pocos creemos que se puede ser liberal sin haber escabechado á nadie. Pero en lo que todos están conformes es en que el gobierno del pueblo, su representación en Cámaras y Congresos es la base de un gobierno liberal...

Todos le miramos extrañados y creyendo haber oído mal; pero el jefe, sin parar la atención en nosotros, continuó así:

— El derecho de que cada quien adore á Dios según el dictado de su conciencia, la prerrogativa de no ser perseguido por razón de opiniones, la necesidad de que no haya ley, autoridad ni corporación que juzguen la conducta interna; en suma, la tolerancia civil y religiosa, es de seguro otra de las garantías por que hemos propugnado.

Don Santos se excitaba, parecía alterado y nervioso. El vaso le temblaba entre las manos y le repiqueteaba en los dientes; el color se le había vuelto ligeramente rosado, la facies hipocrática le había desaparecido y la voz sonaba tan amplia, entera y briosa como la de un joven sano.

— Si á esas garantías añadimos la de que en todo tiempo esté el poder civil por encima de todos los poderes; que se desvincule la propiedad raíz y que en fin se cumplan todos y cada uno de los principios de las Leyes de Reforma, creo habremos ganado en lo substancial sin

eternizar esta guerra cruenta que tan cara nos está costando.

¿Qué importa la Constitución de 57? ¿Qué importa la persona de Juárez?

Oír aquello de boca de Degollado me produjo sorpresa tan grande como la que me habría causado ver á Satanás haciendo la señal de la cruz; pues en mi concepto habíamos luchado, muerto gentes y ensangrentádolo todo únicamente por alcanzar el predominio de aquel Código. Si nosotros mismos consentíamos en que se derogara, de hecho dábamos el triunfo á los contrarios; y aunque ellos nos acordaran todas las ventajas imaginables, aquella sola que nosotros les proporcionáramos equivaldría á la ruptura de nuestro símbolo, de nuestras tradiciones, de nuestras ideas y de nuestros usos.

Pero mayor fué nuestro asombro cuando el General nos relató la parte práctica de su plan, que consistía en la instalación de una junta compuesta de los ministros extranjeros, y en la convocación de un Congreso que nombraría Presidente provisional de la República. A cada una de aquellas cosas, no podía menos de exclamar para mi capote:

— Que te despeñas, pobre General; que te engaña tu afán de obtener la paz; que sin quererlo das el triunfo á los otros; que contra tu voluntad vas á conseguir eternizar la guerra, que es lo opuesto á lo que pretendes...

Cada vez más excitado, siguió hablando largamente, pródigamente, con profusión de detalles, tratando de probar cada una de las cosas que había asentado. Por fin, nos dijo que estaba tan encariñado con su plan, que acababa de mandarlo á González Ortega, advirtiéndole que si á él y á los demás jefes no les acomodaba el modo de pensar del proponente, se prepararan á elegir un nuevo General, pues él no podía seguir siéndolo.

Luego empezó á leernos las cartas de respuesta. La de González Ortega era respetuosa y comedida: deploraba hubiera adoptado el jefe aquella determinación, y advertía que no elegiría General ninguno, sino que aguardaría lo que dispusiera el Gobierno. Zaragoza insultaba á Degollado, declaraba que no le obedecería más, y hacía saber que mientras el Gobierno designaba un nuevo jefe del ejército, él no acataría más voluntad que la de González Ortega.

Aramberri desconocía también á Degollado, pero su carta era breve y concisa.

Doblado hacía mención de todos los servicios de don Santos á la causa democrática y le anunciaba daría su voto reprobatorio á cuanto proponía el antiguo jefe de los liberales.

La carta de Leandro del Valle era larga, hermosa y noble. Con firmeza y claridad reprobaba el proyecto de don Santos; pero trataba á éste con tanto comedimiento,

hacía tan cumplida justicia á sus méritos, valoraba tan exactamente los móviles que le habían impulsado al paso que daba, que todos nos sentimos conmovidos cuando oímos leer aquella pieza.

Y así seguían las respuestas: la de Ogazón, fría y dura, la de Huerta, corta y enérgica, y las de todos los demás jefes unánimes en reprobar el plan; pero unánimes también en sentir ese paso del jefe querido y respetado.

Todos comentábamos aprobando ó reprobando, pero don Santos callaba. Sólo dos cartas le hicieron quejarse, porque eran indignas de Degollado é indignas de los que las firmaban: Vallarta y Prieto.

«Ha concluído usted como empezó, decía Vallarta; sacristán fué y sacristán será; nada más natural, pues, que busque el auxilio de los sacristanes.»

— Quizá no acabe ese rojo, glosó el General, más piadosamente que este sacristán.

«No tiene nombre tu ingratitud con Juárez, que te sacó de la nada, escribía Guillermo. No mereces que te dé la mano ningún liberal honrado.»

— En cambio, dijo amargamente don Santos, yo le he dado á él no una, sino las dos manos. ¡Cómo ha de ser!

Permaneció perplejo y como amilanado el General mientras nosotros, volviéndonos lenguas, poníamos notas y apostillas á las cartas. Al fin levantó la cabeza y dijo:

— Ustedes comprenderán que no es posible que con-

tinúe al frente del ejército, pues aparte de las mil razones que tendría para no mandar más soldados, no me consentirían que siguiera haciéndolo las disposiciones de mis antiguos subalternos. Aguardo de un momento á otro la orden de Juárez para presentarme ante un consejo de guerra; pero mientras llega, nadie me puede impedir que luche por la libertad. Me reuniré con el primer jefe liberal que encuentre á mi paso, serviré á su lado como subalterno, iré á donde se me mande á depurar mi conducta.

Al día siguiente salimos de Lagos para Quiroga, donde debíamos dejar al jefe.

